



El Foncagate

1. El Sistema Nacional de Creadores (SNCA) del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes no es una graciosa concesión del Estado, sino el resultado de una vieja demanda de la comunidad intelectual del país. Desde el medio siglo, Jaime García Terrés pedía una institución de esta naturaleza, propuesta a la que Octavio Paz y un grupo de escritores le dieron forma por primera vez en los años setenta, lo que dio como resultado, en el sexenio de Salinas de Gortari, un sistema de apoyo gubernamental a los creadores artísticos que se cuenta, en los niveles estatales y federales (y con todos sus defectos), entre las instituciones que vale la pena defender. Es cosa de darse una vuelta por el resto de América Latina para ponderar el valor de un sistema que coloca a los artistas e intelectuales mexicanos en una situación de resuelto apoyo público que debemos honrar.
2. Para hablar sólo de literatura, durante quince años de funcionamiento la inmensa mayoría de los escritores mexicanos de valor (desde los más jóvenes hasta los eméritos) hemos recibido, al menos en una ocasión, los apoyos del SNCA. Y aquellos que han protestado, casi siempre de manera legítima, por haber sido excluidos de alguna convocatoria –dado que ningún sistema de premios y estímulos puede ser, por su propia naturaleza, universal– han acabado por recibir, tarde o temprano, el apoyo solicitado.
3. Dado que a todos interesa la transparencia y el mejoramiento del Sistema Nacional de Creadores, hizo bien el poeta Manuel Andrade en denunciar ante la Secretaría de la Función Pública la irregularidad detectada en el pasado resolutivo del sistema. Como es del dominio público, es de suponerse que uno de los jurados, Hugo Gutiérrez Vega (director de *La Jornada Semanal*) interpuso sus buenos oficios para premiar como creador artístico al Sr. Luis Tovar, su secretario de redacción en *La Jornada Semanal*. Si semejante nexo laboral entre un jurado y un premiado provocó sospecha en términos éticos, mayor irritación causaron, en el contexto de una convocatoria donde importantes escritores no recibieron el estímulo, los deleznable méritos curriculares y bibliográficos del Sr. Luis Tovar.
4. Es probable que la *letra* del reglamento permita que el Sr. Tovar sea becario; pero a los jurados toca interpretar con pulcritud y sentido común el *espíritu* del reglamento. Es evidente que Gutiérrez Vega no estuvo a la altura de su responsabilidad.
5. Mario Espinosa, secretario ejecutivo del Fonca, fue respetuoso de las deliberaciones del jurado, como suelen serlo los funcionarios culturales en esas instancias. Ahora le toca instrumentar las modificaciones necesarias para que el reglamento del SNCA contemple y evite, en lo sucesivo, casos de conflicto de intereses como el que lamentablemente acaba de ocurrir. Son numerosas las voces que, desde distintos ámbitos, claman por la liquidación de un sistema público de estímulo a la creación artística que, insisto, es una conquista de la comunidad cultural mexicana que debemos defender con autocrítica y con transparencia. —

– CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL



MONADA DE CIUDAD

En lugares menos avanzados que la ciudad de México, tal vez sea posible palpar la realidad de manera directa. Aquí, sin embargo, hace falta leer libritos de historietas para darnos cuenta de lo limpias que están nuestras calles, lo bien comidos que salen nuestros niños de las escuelas, el trato de lujo que reciben nuestros ancianos, lo eficaz y amables que son nuestros policías, la fraternal camaradería que une en esencia al conjunto de los habitantes y la energía con que el gobierno local despliega sus recursos a cada momento para mejorar nuestra vida en todos sus órdenes. En otras ciudades, el común de las personas habla tal vez de fútbol o de cine; aquí, la cháchara se ocupa por entero en informar a los despistados del número de nuevas viviendas de interés social (46,570), tarjetas de asistencia para viejitos (250,000), becas para niños de madres solteras (18,687), apoyos a discapacitados (40,500), créditos para el autoempleo (33,865) y otras cifras igualmente amenas, que todo mundo maneja con precisión asombrosa. En sus ratos libres, la gente acude a admirar el avance de las obras del gobierno.

Los ciudadanos de la esperanza tienen facciones regulares, narices respingadas, complexiones esbeltas y (fuera de Don Joaquín, que es medio intelectual y por lo tanto moreno) un mismo color de tez vagamente anaranjado. Viven en familias bien unidas, en barrios llenos de personajes entrañables, andan viendo siempre a quién ayudan y se relacionan con los miembros de otros sectores de la sociedad sin ningún tipo de fricción racial o de clase. El gobierno les da chamba, les fi-

nancia sus microchangarros y les organiza magníficas fiestas cada semana, de modo que sus vidas transcurren casi por completo bajo el ala cálida del Estado. Todos pagan sus impuestos con entusiasmo. Las mujeres —por voluntad propia y sin que ello contradiga el pronunciado igualitarismo que rige por lo común su visión de las cosas— sirven la mesa, nunca toman, sueñan con poder dedicarse por entero a atender al amor de su vida y le rezan mucho a San Juan Diego (pero eso sí, en su avatar no blanqueado).

Tanta felicidad es posible gracias a las virtudes del gobierno de la ciudad, que es lo mismo que Andrés Manuel López Obrador, que es lo mismo que el “Peje”, que es lo mismo que unos camiones color pistache que llevan a los pobres al Metro. Por eso las fuerzas oscuras de la sociedad, que mienten, roban, engañan y sólo trabajan para su provecho, quieren acabar con él a cualquier precio; y por eso nosotros, los ciudadanos de bien, que estamos a un paso de vivir en la realidad lo que por ahora es apenas una serie de cómics de dudosa factura, tenemos que crear un escudo humano en torno suyo para defenderlo. Sólo así podrá llegar a ser Presidente y derramar por todos los rincones del país el caudal de bendiciones que ya florecen con vivos colores en nuestra capirucha de la esperanza.

Es muy poco pedir, bien mirado, frente a la desmedida fortuna histórica de contar entre nosotros con el hombre providencial. —

— HÉCTOR TOLEDANO

BLUES DEL ESTADO DE DERECHO

Conforme la transición política fluye a cuentagotas y el horizonte económico se muestra tacaño en alternativas, nos vamos quedando sólo con la demanda de instaurar el Estado de derecho. A cada problema que salta le oponemos razones legales. Ahora todos cantamos el estribillo forense a tono con “la ley correspondiente”.

Pudimos imaginar la democracia como cualquier cosa, menos como el abatimiento del espíritu cívico y el escrutinio intelectual ante la rigidez y las mañas del juez, el árbitro y el abogado.

La colonización judicial del pensamiento político, económico y social parece respuesta automática a una idea utópica de la democracia, la cual consiste en creer que la instauración del orden político correcto elimina el conflicto y el cambio social. De ahí que se repruebe la movilización política y todo desafío a los criterios judiciales, como si las leyes y su interpretación fueran obras humanas perfectas y los jueces y abogados reinaran a salvo de intereses materiales.

La preferencia del molde legal sobre el movimiento de las cosas parece nutrirse también de la sobrevaloración de lo institucional, es decir, de los criterios estandarizados, de modo que el único pensamiento valioso resulta aquel que “diseña” instituciones o las administra. En suma, estamos engendrando una democracia de toga y birrete apoltronada y en pantuflas, un ideal burgués, una chabacanería políticamente correcta. Esto se parece más al fascismo que a una democracia viva. Al rato nos van a multar por silbar mientras caminamos.

El neolegalismo invade también el criterio para juzgar el proceso de toma de decisiones. A raíz del acuerdo noc-

turno del Senado que aprobó la reforma al régimen de pensiones y jubilaciones del IMSS, varios empresarios, políticos y comentaristas manifestaron su aprobación sólo por el hecho de que se había llegado a un acuerdo, sin someter a escrutinio su contenido. Los menos dogmáticos dijeron: ahora hay que alcanzar “un acuerdo” con el sindicato.

Lo más pernicioso de este ambiente es la anulación del pensamiento crítico. Su efecto es similar a la preferencia por las encuestas de opinión y las estadísticas en general sobre el examen de los hechos. Es una nueva forma de totalitarismo que confía más en la gestión y administración de las cosas que en el ejercicio del pensamiento autónomo. Supone que, bajo el Estado de derecho, la dirección de la sociedad puede conducirse con piloto automático.

Contra tales suposiciones milita la experiencia histórica. La democracia es producto de la movilización de las fuerzas de la igualdad contra la concentración y el abuso de poder y riqueza. Éstos siempre se han cobijado en la ley para defender sus privilegios. Los excluidos no se movilizan porque sean revoltosos, sino porque tienen que hacer valer su propia voz ante órdenes legales e instituciones que profundizan su exclusión. —

— RAMÓN COTA MEZA

El olímpico fracaso televisivo

Al menos dos de los diarios llamados nacionales preguntaron a su público, mediante internet, por cuál de las dos cadenas televisoras vería los Juegos Olímpicos. Abundaron las respuestas, lo que no es extraño en un tiempo en que es buen negocio encuestar y se siente bien decir opiniones acerca de los temas más diversos. Por su cuenta, aquellas cadenas se aprestaron raudamente a preparar sus menús, como seguramente piensan sus “creativos”, con alardes de imaginación y la consabida efectividad mediática, que ha consistido en dar gato por liebre una vez más. Los elencos fueron desde los más avezados (ex campeones, ex finalistas, entrenadores) a los comentaristas de siempre (muy buenos algunos, como De Valdés, o de infatuación ridícula, como J.R. Fernández) pasando por los cómicos, lo que aseguraría que las mismas ondas traspasarían dos miradas redituables: la del espectador cautivo de competencias fallidas y la del consumidor ufano de rasgos de más que dudoso humor, albuces cada vez menos ocultos, exaltaciones de la chabacanería soez, de la estupidez misógina. De un lado el payaso Brozo y del otro el cómico Bustamante, que jugó como siempre a representar sin gracia mínima a un pícaro ladino, intuitivo zonzó, se disputaron el tamaño de la teleaudiencia con miras a encarecer los tiempos comerciales. La verdadera competencia mexicana ocurrió allí, al vuelo del satélite, ante las cámaras, y no entre afanosos atletas relegados más allá del ánimo de juego desinteresado y feliz. La representación mexicana en Atenas dejó registro de su grosería y la nueva prepotencia (“dame un micrófono y paralizaré el mundo”), ante griegos azorados y a veces abiertamente indignados. —

— FERNANDO MARTÍN